

Fasto y pintura en la Sevilla barroca. Las fiestas por la beatificación de San Lorenzo de Brindis en el convento de capuchinos

Álvaro Cabezas García

IES Alixar, Castilleja de la Cuesta. España

Resumen: En el presente artículo se analiza y aporta la transcripción de un texto extraído del *Libro primero de historia, o fastos del convento de menores capuchinos de nuestro señor padre San Francisco, extramuros de la ciudad de Sevilla, por sucesión de años para gobierno de esta santa comunidad y casos ejemplares que den luz para los que acaecieren en lo futuro*, escrito por fray Ángel de León (1741 – 1814). En el citado manuscrito se reseñan con generosidad los fastos que dedicó la orden capuchina de Sevilla a la celebración del culto al nuevo beato Lorenzo de Brindis en el otoño de 1785 y se describe el conjunto de decoración artística con el que fue adornado el convento de la mencionada orden.

Palabras clave: Fiesta, arquitectura efímera, pintura, Barroco, Orden capuchina.

Abstract: In the present article is analyzed the transcription of a text extracted from the *Libro primero de historia, o fastos del convento de menores capuchinos de nuestro señor padre San Francisco, extramuros de la ciudad de Sevilla, por sucesión de años para gobierno de esta santa comunidad y casos ejemplares que den luz para los que acaecieren en lo futuro*, written by monk Ángel de León (1741 – 1814). In the mentioned manuscript are outlined with generosity the fetes that the capuchina's order of Seville dedicated to the celebration of the worship to the new devout person Lorenzo of Brindis in the autumn of 1785 and there is described the set of artistic decoration with the one was adorned the convent of the mentioned order.

Keywords: Fete, ephemeral architecture, painting, Baroque, Capuchina's order.

Las celebraciones derivadas de la inauguración del culto a un nuevo santo de la Iglesia católica han ofrecido con frecuencia, momentos de enorme interés para la historia y el arte. En Sevilla son bien conocidos los fastos sucedidos con ocasión de la muerte de las personas reales, de la consagración y dedicación de nuevos templos, o de las santidades de personajes de relieve para la religión en la ciudad. Precisamente para aportar algún dato a ese capítulo traigo a estas páginas un documento que narra con bastante generosidad los hechos más destacados ocurridos alrededor del convento de capuchinos hispalense en el año 1785, momento en que se organizaron una serie de solemnidades en honor al recién nombrado beato de la orden, Lorenzo de Brindis.

San Lorenzo de Brindis O.F.M. Cap. (Brindis, 22 de julio de 1559 – Lisboa, 22 de julio de 1619), había ingresado en 1575 en los capuchinos de Verona y se ordenó sacerdote unos años más tarde, en 1583, en pleno auge de la Contrarreforma católica y de la lucha contra los infieles. Se destacó muy pronto como predicador y fundador de conventos de su orden en Centroeuropa. Posteriormente, Pío VI lo hizo beato por medio del Breve de 29 de junio de 1783. Hubo que esperar a León XIII para su canonización en 1881 y a Juan XXIII para ser proclamado doctor de la Iglesia en 1959¹.

En 1785, momento en que se recibe la noticia de la beatificación en el convento de capuchinos de Sevilla, ostentaba el cargo de padre guardián Felipe María de Ardales. Una de las primeras determinaciones que tomó fue encargarle al hermano lego fray Ángel de León (1741 – 1814), un escrito donde reseñara las fiestas en honor del nuevo beato. Así lo hizo de León, pero su tarea fue interrumpida por su marcha a Madrid unos años más tarde. Con posterioridad, cuando volvió a Sevilla, por orden del nuevo padre guardián, fray Luis Alejandro de Alhama, continuó su manuscrito de la vida del convento sevillano hasta los años de la invasión francesa. A pesar de que su obra es hoy una referencia –aun no convenientemente explotada²–, fray Ángel de León no tuvo mucho reconocimiento entre sus compañeros debido a que era heterodoxo como historiador –solía detenerse en aspectos más mundanos que religiosos–, y también por no ser más que un simple hermano lego³. En cualquier caso, el resultado fue una obra de enorme interés y consideración por ofrecer aspectos muy distintos. Localizada en el Archivo Histórico Provincial de los Capuchinos de Sevilla, legajo 323, 1803-1805, documento 2. *Libro primero de historia, o fastos del convento de menores capuchinos de nuestro señor padre San Francisco, extramuros de la ciudad de Sevilla, por sucesión de años para gobierno de esta santa comunidad y casos ejemplares que den luz para los que acaecieren en lo futuro. Lo escribía de orden superior fray*

¹ BEGOÑA, Mauricio de: *San Lorenzo de Brindis: vida, personalidad y obras*. Madrid: Gráficas Unidas, 1950.

² Quizá la mayor aportación que ha deparado el manuscrito de fray Ángel de León sea, a día de hoy, la información relativa a las pinturas de Murillo en el convento de capuchinos. Este punto fue tratado por MARTÍNEZ DEL VALLE, Gonzalo y VALDIVIESO GONZÁLEZ, Enrique: “Murillo y los capuchinos. Procesos decorativos en la iglesia del Convento de Santa Justa y Rufina de Sevilla”. *Estudios de historia del arte, homenaje al profesor de la Plaza Santiago*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2009, pp. 123-128.

³ CERQUERA HURTADO, Miguel Ángel y GALBARRO GARCÍA, Jaime: “Documentos para la historia del convento de los capuchinos de Sevilla”. *Murillo y los capuchinos de Sevilla*. Catálogo de la exposición celebrada en el Museo de Bellas Artes de Sevilla del 28 de noviembre de 2017 al 1 de abril de 2018. Sevilla: Consejería de Cultura-Junta de Andalucía, 2017, pp. 113-127, especialmente 124-127.

Ángel de León, año de 1805, del que apporto aquí lo referente a las fiestas por Lorenzo de Brindis, comprendidas entre los folios 278r. y 286v.

En lo que se refiere a estas celebraciones, podría pensarse que han tenido escaso rendimiento y repercusión historiográfica. Solo Justino Matute escribe que con motivo de las fiestas de beatificación del venerable Lorenzo de Brindis “se publicaron solemnísimas funciones en su convento de esta ciudad, cuya iglesia y compás se adornaron con cuanto delicadeza y primor caben en el arte, y son compatibles con la pobreza de su instituto”⁴. Señala que dieron comienzo el 16 de septiembre y que terminaron el 4 de octubre, que el Cabildo de la Catedral participó con predicadores, incluso con repiques y luminarias de la Giralda, así como también lo hicieron otros destacados estamentos de la ciudad como el arzobispo y el Ayuntamiento, así como corporaciones vecinas y hermanas, y también destacados y desconocidos particulares. Para el cronista dieciochesco, lo más destacado de las funciones fue la presencia de fray Diego José de Cádiz (1743 – 1801). Las fiestas acabaron con “una lucidísima procesión para conducir a su iglesia parroquial de San Gil la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que había estado en la de Capuchinos en estas funciones” en la que participaron otras órdenes llevando en andas a sus respectivos santos⁵. Esta participación en los fastos y cultos de la imagen de mayor devoción popular en la zona donde se asienta el convento de capuchinos, la Virgen del Rosario, quedó también reflejada en las actas de la corporación⁶.

Habría que tener en cuenta que el convento sufrió algunos daños con la riada del otoño de 1784⁷ y que es muy posible que algunos de los adornos que se dispusieron allí al año siguiente no solo sirvieran para aderezarla y ofrecer la reparación de los mencionados desperfectos de cara a las celebraciones por Lorenzo de Brindis, sino que, también, fueran integrados –al menos aquellos de materiales no deleznable–, para la permanente decoración del convento. Desgraciadamente, la utilización que tuvo el

⁴ MATUTE Y GAVIRIA, Justino: *Anales eclesiásticos y seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla, Metrópoli de Andalucía, que contienen las más principales memorias desde el año de 1701, en que empezó á reinar el rey D. Felipe V, hasta el de 1800, que concluyó con una horrorosa epidemia. Continuación de los que formó D. Diego Ortiz de Zúñiga hasta el año de 1671 y siguió hasta el de 1700 D. Antonio M^a Espinosa y Cárcel*. 3 volúmenes. Sevilla: 1822. Sevilla: Imprenta de E. Rasco, 1887. Reproducción facsímil de la edición príncipe. Prólogo de Jesús M. Palomero Páramo. 2^a edición. Sevilla: Ediciones Guadalquivir, 1997, tomo III, p. 59.

⁵ *Ibidem*, p. 60.

⁶ Archivo de la Hermandad de la Macarena. Actas. Cabildo de 24 de junio de 1785. Cfr. ARENAS GONZÁLEZ, Hilario: “Historia VIII. Al amparo del Rosario: 1704-1793”. AAVV: *Esperanza Macarena en el XXV Aniversario de su Coronación Canónica*. Sevilla: Guadalquivir Ediciones, 1989, pp. 59-60: “La Imagen de la Virgen del Rosario de San Gil se hizo tan popular en Sevilla que el propio P. Ardales, Guardián de los Capuchinos, solicitó a la Hermandad que la trasladara al Convento para asegurar la concurrencia de fieles en las fiestas de la beatificación de Fr. Lorenzo de Brindisi. Con tal motivo se organizó una de las procesiones más celebradas por los sevillanos a fines del siglo XVIII”, en las que acompañaron el paso de la Señora las dos comunidades de trinitarios y capuchinos, la Real Maestranza de Caballería de Sevilla con las imágenes respectivas de San Félix de Valois, San Juan de Mata y San Francisco, y discurriendo por Capuchinos, calle Beatos, Real de San Julián, Real de Santa Marina, arco de la Macarena, hospital de la Sangre y vuelta a San Gil. Este hecho sirvió para hermanar a la comunidad capuchina con la corporación de gloria.

⁷ CERQUERA HURTADO, Miguel Ángel y GALBARRO GARCÍA, Jaime: “Los capuchinos y Sevilla (1627-1835). *Murillo y los...*, *op. cit.*, p. 26.

inmueble durante la invasión francesa y la trágica pérdida de su patrimonio durante ese periodo y en el de la Desamortización, no permiten reconstruir adecuadamente el rastro de todas estas obras –sobre todo pinturas–, ejecutadas en el último trimestre de 1785.

Con respecto al ornato dispuesto en la iglesia, quizá el más interesante sea el del altar mayor. En el escrito del capuchino se ofrece el nombre del artista encargado de realizar el dibujo y la perspectiva: Vicente Alanís (Sevilla, 1730 – 1807), el pintor más acreditado de Sevilla desde la irreparable pérdida de Juan Espinal (Sevilla, 1714 – 1783), menos de dos años atrás⁸. Parece que, sobre una arquitectura fingida de impronta clasicista, se dispusieron nichos para colocar “los dos patriarcas San Juan de Mata y San Félix de Valois, como patrón y padrino de las fiestas, correspondientes a las dos comunidades trinitarias calzada y descalza” (Vid. documento 1). Al fondo fue colocada una pintura que mostraba a San Francisco dando la bienvenida a la Gloria –con la Trinidad–, al nuevo beatificado, este personificado por medio de la escultura. A ambos lados, se “pusieron dos medallones con pasajes de la vida del beatificado” (ibídem), y una serie de imágenes alegóricas de la Religión, la Fe, Esperanza y Caridad, la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza con sus correspondientes atributos.

Para completar esta decoración, se pintó en la bóveda “la gloria sobre lienzos con los colores más finos y perfección del arte pintoresco. Los ángeles y las nubes de diversos tamaños formando grupos en su círculo de mayor a menor, hasta rematar en serafines, que formaban corona a la cifra en que estaba pintado un pequeño triángulo, de cuyo escudo salían innumerables rayos de oro, que remataban en los extremos de la media naranja, y pintada gloria intrépidos con los ángeles y las nubes” (ibídem.). En los cuatros lunetos se dispusieron lienzos con pasajes de la vida del beato. Fueron *Lorenzo de Brindis dando la profesión al venerable padre fray Francisco de Sevilla; Lorenzo de Brindis cubriéndose ante Felipe III; Cristo como sacerdote dando la comunión a Lorenzo de Brindis y a otros miembros de la orden un Jueves Santo; y La aparición de la Virgen a Lorenzo de Brindis*, todos los lienzos acompañados por octavas de fray Salvador de Sevilla, experto lector de los capuchinos, y de otro clérigo de nombre Juan de Mesa. En la capilla mayor, en el lado del Evangelio se dispuso el lienzo *Lorenzo de Brindis suplicando al elector Maximiliano I, duque de Baviera* y en el lado de la Epístola *Cardenales revisando los escritos de Lorenzo de Brindis*⁹.

En el centro de la capilla mayor se dispuso un altar con decoración natural para asemejar dos riscos –uno el monte Horeb y el otro Sierra Morena–, el primero destinado a la Virgen del Rosario de la parroquia de San Gil y el segundo para las Santas Justa y Rufina. En los testeros se colocaron más lienzos: *Lorenzo de Brindis de niño predicando en la catedral; El Archiduque Matías y Lorenzo de Brindis luchando contra los turcos en la toma de Belgrado; Lorenzo de Brindis ante Felipe III; y Lorenzo de Brindis y el hereje*.

⁸ Sobre este pintor, vid. CABEZAS GARCÍA, Álvaro: *Vicente Alanís (1730-1807)*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2011.

⁹ Todos los lienzos mencionados y los siguientes se encuentran en paradero desconocido y hasta el momento habían permanecido inéditos.

En otro lugar, ante la reja y retablo del coro alto “se pintó al pontífice reinante, el señor Pío VI, sentado debajo de pabellón, acompañando a cardenales y a sus pies el padre procurador general de la orden, con otros religiosos, en ademán de recibir de mano del Papa la bula de la beatificación del beato Brindis, cuyo lienzo, columnas y molduras ocupaba cuatro varas en cuadro, primorosamente ejecutado” (ibíd.), corriendo ahora la cometida por parte de Francisco Miguel Jiménez de Alanís (1717 – 1793), primo del mencionado Vicente Alanís y director, en este momento, de la clase de pintura de la Real Escuela de las Tres Nobles Artes de Sevilla¹⁰. En el arco toral se dispusieron escudos de armas de los reinos y las distintas casas reales en las que Lorenzo de Brindis sirvió en su ministerio. La decoración de cielo estrellado que lo recubría también estuvo encargada a Jiménez.

Ya en el exterior, se adornó la cornisa de la iglesia con plantas y flores, los muros con papeles de colores y lazos y para el pórtico, Vicente Alanís “pintó la fachada de la iglesia del mismo modo que estaba con las mismas imágenes de Concepción, patriarcas, vírgenes y San Antonio, por distinto orden y dibujo de columnas y jaspes. Se vistieron las paredes de paños de corte, y sobre ellos se pusieron países y pinturas curiosas y entretenidas, y dejando la calle del medio libre en lo demás se hizo jardín con macetas de flores y hierbas olorosas, árboles y arcos, aves y animales en riscos, peñas y fuentes y saltadero de agua” (ibíd.).

En cuanto a la iluminación fue necesario invertir bastante tiempo y dinero con multitud de lámparas de araña, cirios y velas, exhaustivamente especificadas en la documentación aportada en este artículo.

Otro aspecto no menos interesante recogido por fray Ángel de León es el de las procesiones que originaron las celebraciones de estos actos de culto. Nada menos que se trajo el 15 de septiembre desde la parroquia de San Gil a una de las imágenes letíficas de mayor devoción de la Sevilla de entonces como la Virgen del Rosario para colocarla en uno de los dos altares efímeros de la cabecera de la iglesia de capuchinos. Pasadas algunas semanas, el 4 de octubre se llevaron al mismo lugar en procesión las imágenes de San Félix de Valois, por parte de los trinitarios descalzos, y de San Juan de Mata, por parte de los trinitarios calzados, siendo revestidas y alhajadas ambas para esos cultos “con joyas y diamantes”. Una vez acabadas las celebraciones, las tres imágenes salieron de vuelta del propio convento, con enorme solemnidad, cada una hacia sus lugares de origen, siendo acompañadas por la escultura que aportaba la corporación capuchina, San Francisco.

Con respecto a las distintas funciones religiosas, en el documento que adjunto están reseñadas todas sus características, predicadores, intenciones y donaciones que se produjeron. Comenzaron los cultos el 16 de septiembre por la tarde, con el *Te Deum*, y se sucedieron, posteriormente las solemnidades entre el 17 del mismo mes y el 4 de octubre.

Es bien cierto que las celebraciones desarrollados con extraordinaria fastuosidad por el convento de capuchinos de Sevilla en honor del nuevo culto a Lorenzo de Brindis en

¹⁰ Había sustituido en el cargo a Juan Espinal, fallecido en diciembre de 1783. Vid. CABEZAS GARCÍA, Álvaro: *Teoría del gusto y práctica de la pintura en Sevilla (1749-1835)*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 2015, pp. 362-366.

el otoño de 1785 persiguen cualificar la subida a los altares de uno de los integrantes de la orden, referente, sin duda, para los ejercitantes del momento histórico narrado por fray Ángel de León. Es por todo ello por lo que la alegría en las festividades es sincera y abierta, tal y como puede colegirse de la lectura del documento que adjunto. Sin embargo, ese triunfo de la orden capuchina tiene lugar en Sevilla a través de los códigos y las pautas vigentes para la celebración barroca en la ciudad de entonces. La adscripción al papado, a los demás santos de la orden y de la religión, a la Iglesia..., todo está expresado con un lenguaje de lo efímero en la decoración del recinto, de la misma manera que solía realizarse con frecuencia en los territorios hispánicos e italianos. Lo que más llama la atención es la adecuación que aquí se hace al medio con la procesión que sirve para poner punto y final a todos los actos organizados. En ella se pone de manifiesto la manera ancestral que se ha tenido en Sevilla –incluso aun hoy–, de celebrar un acontecimiento importante. En el discurrir ordenado desde un punto a otro por medio de un itinerario simbólico y significativo, se implican las distintas corporaciones y órdenes hermanas, siguiendo un “código artístico de la fiesta en una dimensión particular”¹¹.

Se trata, por tanto, de una fiesta que de puertas adentro es ideada y posteriormente vivida con el signo genérico de las grandes celebraciones barrocas, pero que en el exterior se desarrolla con la codificación particular de Sevilla¹².

* * *

¹¹ Agradezco profundamente al Prof. Dr. Pedro Martínez Lara esta reflexión.

¹² Quiero agradecer al Prof. Dr. José Roda Peña sus consejos a la hora de idear este artículo y a Manuel Martín Riego su paciencia. Igualmente a Ramsés Torres García y a Antonio Valiente Romero por su ayuda y asistencia.

DOCUMENTO Nº 1:

Archivo Histórico Provincial de los Capuchinos de Sevilla, legajo 323, 1803-1805, documento 2. *Libro primero de historia, o fastos del convento de menores capuchinos de nuestro señor padre San Francisco, extramuros de la ciudad de Sevilla, por sucesión de años para gobierno de esta santa comunidad y casos ejemplares que den luz para los que acaecieren en lo futuro. Lo escribía de orden superior fray Ángel de León, año de 1805. Ff. 278r-286v.*

Señor,

Fray Felipe M^a de Ardales, guardián del convento de menores capuchinos de Nuestro Padre San Francisco, extramuros de la ciudad de Sevilla, en nombre de su comunidad, puesto a la obediencia de Vuestra Señoría Ilustrísima con el respeto debido, hace presente como Nuestro Santísimo Papa Pío VI, que felizmente ocupa la silla de San Pedro, ha declarado por su Breve dado en Roma a 29 de junio del año 1783 al Beato Lorenzo de Brindis, general que fue de nuestra sagrada congregación de capuchinos por bienaventurado, permitiendo el que los fieles celebren su memoria con un solemne triduo, ofreciendo por su medio a Dios Nuestro Señor suffragios y oraciones para alcanzar por sus méritos las bendiciones de su gracia; manifestando en él las singulares virtudes que lo elevaron a la gloria de ser venerado de los fieles en los sagrados altares, y para que, excitados con su ejemplo, a su imitación, se multiplique en la Santa Iglesia el número de los justos. Y deseando nosotros conspirar a las ideas de Nuestro Santísimo Padre solicitamos el auxilio de Vuestra Señoría Ilustrísima suplicándole el que se haga cargo de una de las fiestas del solemne triduo, pues solo favoreciéndonos su religiosa piedad podremos dar a Dios Nuestro Señor la Gloria en su bienaventurado siervo, al que suplicamos alcance a Dios Nuestro Señor para Vuestra Señoría Ilustrísima le conserve muchos años en su mayor grandeza.

Capuchinos de Sevilla, 23 de junio de 1785. Ilustrísimo Señor, beso la mano de Vuestra Señoría Ilustrísima. Su más humilde capellán fray Felipe M^a de Ardales.

Perspectiva del altar mayor

El pintor don Vicente Alanís dibujó y pintó sobre lienzos y bastidores la perspectiva del altar mayor entre basas, columnas y capiteles de jaspes, mármoles y piedras de varios colores. Sobre el primer cuerpo de la mesa de altar formó tres nichos, los dos de los lados para colocar a los dos patriarcas San Juan de Mata y San Félix de Valois, como patrón y padrino de las fiestas, correspondientes a las dos comunidades trinitarias calzada y descalza. En el medio del retablo o perspectiva estaba un grande arco y en su fondo pintada la Santísima Trinidad y al pie Nuestro Padre San Francisco presentando al nuevo beatificado. Este era de bulto revestido de sacerdote con la Custodia del Santísimo Sacramento en las manos, a la adoración del pueblo. En el fondo de dicho arco, como vara y media sobre la principal mesa del altar, estaba otra mesa de altar sobre la que descansaba el tabernáculo de la custodia que el santo tenía en las manos, y todo con muchas ráfagas y luces de perspectiva que parecía un cielo. En los dos extremos y esquinas de lo alto del altar se pusieron dos medallones con pasajes de la vida del beatificado. Por remate de toda esta máquina estaban colocadas ocho estatuas de doncellas hermosísimas del tamaño del natural que representaban la Religión, la Fe, Esperanza y Caridad, la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza con sus correspondientes atributos.

En todo el casco de la media naranja de la capilla mayor se pintó la gloria sobre lienzos con los colores más finos y perfección del arte pintoresco. Los ángeles y las nubes de diversos tamaños formando grupos en su círculo de mayor a menor, hasta rematar en serafines, que formaban corona a la cifra en que estaba pintado un pequeño triángulo, de cuyo escudo salían innumerables rayos de oro, que remataban en los extremos de la media naranja, y pintada gloria intrépidos con los ángeles y las nubes.

En los cuatro lunetos de la capilla mayor, que rematan sobre la cornisa, en cuatro lienzos de más de dos varas en cuadro se pintaron cuatro pasajes de la vida del santo. En el uno se pintó cuando en Valencia siendo general dio la profesión al venerable padre fray Francisco de Sevilla, a que asistían un religioso mercedario, el arzobispo de Valencia, el beato Fray Juan de Ribera, y otros personajes, todos del tamaño del natural. Otro era el acto de cubrirse de grande de España delante de Felipe III a que asistían la grandeza. Otro cuando Nuestro Señor Jesucristo revestido de los ornamentos sacerdotales le comulgó, y a sus compañeros, un Jueves Santo. Y el otro cuando se le apareció la reina del cielo, Nuestra Señora, estando el santo en oración con sus compañeros. A cada una de las referidas pinturas acompañaba en otro lienzo una de las siguientes octavas.

Octavas

*Para que se cumplieran decretos
soberanos,*

*Un héroe de la Merced tan santa
religión,*

*A Lorenzo se viene, y en sus
manos,*

*De Capuchino hace solemne
profesión,*

*Más después de profeso a sus
hermanos*

*En el Betis se hizo fundación
Francisco de Sevilla, que en sustancia,
continuó su Merced en mía gracia.*

*Ya general maestro diputado
a Felipe III oh que excelencia,
de la virtud de Brindis admirado,
le confiere de España la grandeza.*

*El primer general condecorado
del orden capuchino, oh que fineza,
que el monarca le haga,
estos favores.*

*Y a todos los generales sucesores,
de camino un Jueves Santo,
Brindis quiso comulgar.*

*No podía celebrar
ni halló forma para tanto,
mas, oh prodigio, oh encanto,
Jesucristo con anhelo*

*le administró este consuelo
a Lorenzo, y yo registro,
que él se comulgó al ministro
junto con el pan del cielo.
A María, su tierna devoción,
tan noble altar, su pecho le
ocupaba,
con frecuencia la Virgen visitaba:
Llamó de su compañía la atención
una vez que Lorenzo así la hablaba
De donde a mí con claros resplandores
Me hace la Madre del Señor tantos favores.*

En la capilla mayor al lado del Evangelio se puso un lienzo de cuatro varas, y en él pintado la embajada y súplica que el beato hizo al elector Maximiliano I, duque de Baviera, para que defendiese a la Iglesia. Al lado del Evangelio se puso otra igual pintura con una mesa cubierta de verde, y siete cardenales sentados viendo y revisando las obras y escritos del beato Lorenzo de Brindis, con sus octavas que explicaban su significado.

En los cuatro testeros de las capillas del cuerpo de la iglesia se pusieron cuatro lienzos de más de a dos varas en cuadro y en ellos se pintaron pasajes de la vida de la vida del beato. En uno estaba de edad de 6 años con hábito claustral en el púlpito de la catedral de Brindis predicando a presencia del arzobispo, cabildo y pueblo. En otro estaba montado a caballo al lado del archiduque Matías y otros generales, dirigiendo y animando el ejército austriaco contra el otomano en el sitio y toma del Belgrado. En otro estaba entregando las credenciales de su embajada en España a Felipe III. Y en el otro confundiendo a un hereje que cayó repentinamente muerto a sus pies por blasfemo con una décima en separada tarjeta.

*Décimas
Los seis años no cumplía
Lorenzo, y ya predicaba
a todo el mundo admiraba,
y al pecador atraía:
al justo daba alegría
al ver que la omnipotencia
dotó con tan santa ciencia
a un niño, por lo que entabló,
que Brindis era un San Pablo
en su más tierna inocencia.
Con la espada omnipotente
de la Divina palabra
Brindis mata y descalabra
como soldado valiente.
Esta arma solamente
usó siempre en la milicia
porque la gracia propicia
quiso al diestro y al siniestro*

*que manejara maestro
las armas de la justicia.
La prudencia peregrina
sus portentosos excesos
del beato los procesos
la llaman casi divina:
esta virtud le destina
de embajador, y yo infiero,
que cumplió con tanto esmero.
Y con maravillas tales
que admiró en sus credenciales
al rey Felipe III.
Un hereje le insultó,
la cruz que traía al cuello
mas no le sufrió el resuello
luego que la injuria oyó:
Lorenzo al punto tomó
la cruz, cual si fuera espada,
y en el caso otro San Pablo,
dejó a ese pobre diablo
muerto, y la lengua sacada.*

Estas décimas y las anteriores octavas las compuso el padre fray Salvador de Sevilla, experto lector de dicha iglesia. Las que siguen, y pusieron en los pilares de la iglesia, alusivas a los cuerpos que hicieron fiestas, las compuso don Juan de Mesa, cajero de la viuda de don José Cabezón, doña Manuela Paulín.

*De la Santa Patriarcal
Iglesia el Cabildo ilustre
al beato con claro lustre
hacen un obsequio cabal:
en este con singular
expedición y talento
un arcediano al intento
pronunciara una oración
que será de la función
el más digno complemento.
El noble y sabio senado
siempre con raro esplendor
que todo lo liga amor.
En su No-do ha determinado:
Mas ahora en sumo grado
hace ver con devoción
que la beatificación
de Brindis une su anhelo
a su lealtad y celo*

*su amor, su fe y su religión.
El prelado que pastor
en esta iglesia que templo
adora a Brindis, que ejemplo
y hace fiesta, que loor:
Cádiz sabio, que orador,
la Predica, qué elocuencia
y patente, qué presencia.
Esta Dios, qué majestad
el beato, qué santidad,
y el arzobispo, qué excelencia.
Si la iglesia mía, Madre
eleva a Brindis cual cedro
la Advíncula de San Pedro
que lo celebres bien cuadre;
pues como este santo es padre
de un clero de tanto honor
esta Hermandad, con candor,
verifica en sus acciones
de San Pedro las prisiones
son cadenas de su amor.
Que viene la Hermandad pía
del Rosario en modo diestro
a rezar al Padre Nuestro.
Se vio en un Ave María:
La Virgen es pues su guía
para el obsequio que intenta,
y tanto el fervor aumenta
que otra habrá en los sevillanos
de más número de hermanos
pero no de tanta cuenta.
En la fiesta singular
que hace a Brindis con esmero
ahora el orden Tercero
se ha hecho el primer lugar:
Y ha llegado a acreditar
con notable admiración
que en tan santa emulación,
aunque no es rica la orden
sus hermanos sin desorden
brillan en ostentación.
Los descalcitos hoy son
gran celo se han empeñado
y tan a prisa han andado
que parece no lo son:*

*dan al beato adoración
y con afectos muy finos
se unen a los capuchinos
tan piadosos, tan humanos.
como que son sus hermanos
y en esta ocasión padrinos.
Con gozos extraordinarios
entre otros muy finos pechos
admirados de estos hechos
se cruzan los trinitarios:
celebran por modos varios
a Lorenzo muy rendidos,
y a sus hijos tan unidos,
que aplauden todos gustosos
a aquellos de generosos
como a estos de agradecidos.*

Ante la reja y retablo del coro alto, que mira a la iglesia, se pintó al pontífice reinante, el señor Pío VI, sentado debajo de pabellón, acompañando a cardenales y a sus pies el padre procurador general de la orden, con otros religiosos, en ademán de recibir de mano del Papa la bula de la beatificación del beato Brindis, cuyo lienzo, columnas y molduras ocupaba cuatro varas en cuadro, primorosamente ejecutado por don Francisco Jiménez, director de la Academia de dibujo y pintura de Sevilla.

En el arco toral, por la parte que mira al cuerpo de la iglesia, se pusieron los escudos de armas de los reinos, y casas reales en que el beato estuvo de embajador o hizo algún grande servicio. El de España estaba en medio colocado en un tarjetón estofado de oro con sus colores y matices, y cuatro a cada lado que son 9 escudos de armas reales, de España, Roma, Portugal, Alemania, Francia, Nápoles, Baviera, Saboya, Venecia, y Génova, siguiendo hasta el suelo por una parte y otra trofeos de guerra, de penitencia, de escritor, y de doctor. Dibujado y ejecutado por dicho Jiménez y lo mismo los demás lienzos y pinturas que se han referido, y los tres escudos del cañón del cuerpo de la iglesia de donde colgaban tres arañas de cristal, en el medio estaba en el de nuestra religión con Santa Justa y Rufina a los lados, y los otros dos de los trinitarios calzados y descalzos. Y el resto del cañón se aforró con papel azul tachonado de estrellas.

La cornisa de la iglesia se adornó con ramos, macetas y azafates de flores y frutas contrahechas, y todo el resto de las paredes de la iglesia arcos, pilares y capillas se vistió de papel de colores picado flores y lazos de lo mismo causando alegre vista.

En los dos altares de la capilla mayor se hicieron dos riscos para colocar en uno a la Virgen del Rosario de San Gil, y en el otro a Santa Justa y Rufina. El uno significaba el monte Horeb, con la zarza que ardía y no se quemaba; y el otro a Sierra Morena donde llevaron presas a las santas. Los demás altares y capillas corrió su composición y adorno por los padres de familia, de este convento.

Adorno del pórtico

El pintor don Vicente Alanís dibujó y pintó la fachada de la iglesia del mismo modo que estaba con las mismas imágenes de Concepción, patriarcas, vírgenes y San Antonio, por distinto orden y dibujo de columnas y jaspes.

Se vistieron las paredes de paños de corte, y sobre ellos se pusieron paños y pinturas curiosas y entretenidas, y dejando la calle del medio libre en lo demás se hizo jardín con macetas de flores y hierbas olorosas, árboles y arcos, aves y animales en riscos, peñas y fuentes y saltadero de agua.

Iluminación

En el adorno y composición de la iglesia se gastaron tres meses y medio, ocupándose varios pintores y carpinteros, de modo que el día martes 13 de septiembre de 1785 en la noche se iluminó el altar mayor para enmendar los defectos que pudiese tener la colocación de las luces interiores de la perspectiva que consistía en 114 lámparas de aceite en vasos de cristal, y en 24 gruesos cirios en lo exterior, diez arañas de cristal, repartidas por iglesia y capillas, una con 12 velas y las demás a 6. Los altares a 4 velas de a libra, el del Sagrario 18, el del Cristo 12, el de Nuestra Señora del Rosario 4 cirios y 4 velas. En la reja del coro 4. Todo este número de luces ardían por mañana y tarde todos los días. A esta iluminación concurrieron, además de los religiosos, el canónigo don Pedro de Castro, con dos prebendados de su iglesia, y dos señores, don Domingo de Agüera y su mujer, doña Francisca Castaño, y su hija doña Rafaela Bane, que habiendo traído vestidas a su costa a las santas vírgenes Justa y Rufina.

Procesión para traer la Virgen del Rosario

El miércoles se volvió a iluminar la iglesia para varias gentes distinguidas que quisieron verla privadamente. Y el jueves 15 de septiembre en la noche, se trajo procesionalmente desde la iglesia de San Gil la imagen de Nuestra Señora del Rosario, ricamente adornada, y vestida de tisú de oro, en campo verde, con lucido acompañamiento de cirios y faroles, instrumentos y voces con el Rosario de esta hermandad, que después de haber andado larga estación por la ciudad, llegó al convento cerca de las 9 de la noche. Se pusieron soldados en la puerta del pórtico para impedir la entrada al innumerable gentío que concurrió. La comunidad salió al pórtico con velas para recibirla, y 12 hermanos terceros con cirios a la Puerta de Córdoba, colocando la Señora en la capilla mayor, cantó la música las letanías, y dijo la oración el preste, que fue el maestro de novicios. La fachada del pórtico, sus remates, la torre y tejado de la iglesia, se iluminó con cazuelas de filástica y alquitrán. Y dentro del pórtico entre los árboles, arcos y jardín, se pusieron muchos faroles, lo que se repitió todas las noches de las fiestas. El día siguiente por la mañana, se quitó a la Señora del paso en que vino y se colocó en el altar destinado.

Víspera de las funciones

*El viernes 16 en la tarde, vinieron a este convento las dos comunidades de trinitarios calzados y descalzos que con la mía interpolados se colocaron en la iglesia y capilla mayor en bancos y escaños. Leyó en el púlpito el padre fray José de Puente la Reina la bula de la beatificación, cubierta entre tanto la imagen del beato Lorenzo, acabada de leer se descubrió resonando músicos instrumentos, clarines, campanas y morteretes. Se manifestó al Santísimo, y se cantó el *Tè Deum* y vísperas del beato Lorenzo con la música y las tres comuniones. Hizo de preste el padre ministro calzado acompañado de dos capas, un capuchino, el reverendo padre fray Joaquín de Villanueva, y un reverendo descalzo; dos frailes legos descalzos para los ciriales, y dos para los incensarios, un corista capuchino, y un lego calzado, con ornamentos que se trajeron del convento de la Santísima Trinidad Calzada.*

Concluida la función de iglesia se administró de beber a las dos comunidades trinitarias en la saleta del callejón, y por no haber cabido todos de una vez se despachaban unos y después otros, lo que duró hasta una hora después de anochecido. Se sirvió dulce de almíbar de varios géneros en tazas de cristal, agua de nieve con panales, chocolate y pan de roscas, todo con mucha abundancia y primor, tanto que confesaron una y otra comunidad, que no podían ellos hacer otro tanto, por no tener quien así lo dispusiese y sirviese. Destinó el reverendo padre guardián un fraile lego para dirigir esto y cuatro estudiantes coristas huéspedes para administrarlo, con abundante prevención de todas las cosas, y del mismo modo se continuó todos los días de las fiestas en esta repostería, para cuantos era necesario se desayunen por la mañana y bebiesen por la tarde.

A su tiempo se encendieron las luminarias en todos los sitios que lo permite el ámbito de este convento. Las campanas de la Catedral dieron tres generales repiques, como lo habían hecho al medio día, iluminando la torre y Giralda; anunciando de este modo al pueblo la beatificación de nuestro Lorenzo de Brindis, y la fiesta que el Cabildo eclesiástico venía a hacer a nuestro convento el día siguiente sábado 17 de septiembre.

Día de las fiestas

Primera, sábado 17 de septiembre de 1785. Hizo la fiesta el ilustrísimo Cabildo de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla, por diputación, con el aparato y grandeza que acostumbra, dijo la misa el arcediano de Sevilla, don Jacinto Reinoso, caballero del real distinguido orden de Carlos III, y presidente de dicho eclesiástico cabildo, por no haber deán. Del Evangelio el canónigo don Juan José de Salcedo, hermano de nuestro reverendo padre guardián. De Epístola el racionero don Rafael de Castro. Predicó el arcediano de Reina don Francisco de Evia y Ayala, caballero del hábito de Santiago. La música se colocó al lado de la Epístola en el cuerpo de la iglesia se alfombró la capilla mayor, por orden que el día antes mandó el Cabildo, y la sacristía en el sitio que ocupaban los sillones con almohadones de terciopelo flanqueado de oro que trajeron de la Catedral, además de los 3 que se pusieron en la capilla mayor, y todos los ornamentos blancos de primera clase, frontal y paño de púlpito, que los que estaban puestos eran de papel, siguiendo la idea de él, de más adorno de la iglesia. Dejaron la cera, que consistía en los 12 cirios que sacaron los colegiales en la misa, las velas del plan de altar y las 6 de los ciriales.

Segunda, domingo 18. Hizo la fiesta la ilustre Hermandad de Sacerdotes de San Pedro Advíncula, que ocupó púlpito y altar, y la hermandad formada en sus bancos en el cuerpo de la iglesia, con sobrepellices y estolas. Predicó el cura de la parroquia de San Pedro, don Antonio de Lucas, hermano de esta hermandad. Dejaron los 12 cirios de a 4 libras, que sirvieron en la misa y limosna pecuniaria.

Tercera, lunes 19 de septiembre. Hizo la fiesta el Excelentísimo señor arzobispo de Sevilla, don Alonso Marcos de Llanes y Argüelles, ausente en la santa visita de los Puertos. Dijo la misa el reverendo padre guardián acompañado de dos capas que fueron el reverendo padre fray Joaquín de Villanueva, y el padre licenciado de Málaga, fray Luis Antonio de Sevilla. Asistieron 12 novicios con los cirios de la Catedral, y predicó el padre fray Diego José de Cádiz, misionero apostólico. Dio su Excelencia cien pesos de limosna por mano del mayordomo don Francisco Camarón, canónigo de San Salvador.

Cuarta, martes 20 de septiembre. Hizo la fiesta la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario de San Gil. Dijo la misa el cura de Santa Marina, don Manuel de Silva, y predicó el cura de la Magdalena, don Antonio de Vargas, catedrático de Literatura de dicha Universidad, y hermano de esta hermandad. Salieron de la misa los novicios con los cirios de la Catedral, y se quedaron a comer los del altar, prédica y había 20 hermanos.

Quinta, miércoles 21. Hizo la fiesta don Juan de Salcedo, canónigo de la Santa Iglesia Patriarcal, presidente de la mesa de Ejemplares Sinodales y hermano de nuestro reverendo padre guardián. Dijo la misa el padre maestro de novicios fray Luis Antonio de Cabra, y predicó el padre fray José de Puente la Reina.

Sexta, jueves 22. Hizo la fiesta nuestro patrón de la Enfermería don Juan Félix Clavevoul. Dijo la misa el padre fray Juan de Almonaster y predicó el padre fray Salvador de Sevilla, experto lector en Teología y experto guardián.

Séptima, viernes 23. Hizo la fiesta el marqués del Pedroso, don Félix de Cantalicio Colarte, caballero del Orden de Santiago. Dijo la misa el padre ministro de novicios y predicó el padre fray Diego José de Cádiz, misionero apostólico.

Octava, sábado 24. Hizo la fiesta don Domingo de Agüera, dependiente de la Real Aduana. Dijo la misa el reverendo padre guardián, acompañado de dos padres trinitarios calzados de diácono y subdiácono, y otros dos con los ciriales. Predicó el reverendo padre fray Diego José de Cádiz, salieron a la misa los novicios con los cirios de la Catedral. Esta función se anticipó para que la predicase el padre fray Diego de Cádiz, que marchaba después de predicarla de la ciudad, y novena el día siguiente, Santo Domingo, y la de este día se pospuso. Este día llovió por la mañana y tarde, se mojaron las colgaduras del pórtico y se perdieron algunos vestidos de las figuras que en él estaban. No concurrió el convite que por esquelas se había hecho y para comer en el refectorio con la comunidad.

Nona, domingo 25 de septiembre. Hizo la fiesta el ilustrísimo Cabildo y Ayuntamiento de esta ciudad, que asistió formada, presidida de su asistente don José de Ávalos. Se colocaron los bancos en el cuerpo de la iglesia y la silla para el asistente. Dijo la misa su capellán don José de Medina y predicó el padre fray Diego José de Cádiz, por el espacio de dos horas, se acabó la función a las dos de la tarde, en que la Ciudad volvió a tomar los coches para retirarse. Se quedaron los 12 cirios que sirvieron en la misa de a 4 libras, y sacaron monaguillos y dio 500 reales de limosna. El procurador de la ciudad, marqués de Torreblanca, pidió al predicador el sermón para imprimirlo de orden de la Ciudad, lo que no tuvo efecto por no estar escrito.

Décima, lunes 26 de septiembre. Hizo la fiesta la señora doña Rosa Ponce, viuda de don Manuel Molviedro, dijo la misa el padre fray Leandro de Sevilla, y predicó el padre fray Serafín de Marchena, este día por la tarde en lugar de la novena que por 9 tardes continuadas había hecho y predicado al nuevo beatificado el padre fray Diego de Cádiz, a las 5 de la tarde concurría la comunidad a la capilla mayor y descubierto a Su Majestad con la música, se cantaban completas, las letanías de Nuestra Señora, y se leía el punto de oración que duraba media hora con música de instrumentos. Se remataba este ejercicio con los elogios del beato, y el preste decía las oraciones, se cantaba el Tantum ergo, y con el alabado se ocultaba a Su Majestad. Esto se hizo siete tardes, y en todas fue preste el padre fray Leandro de Sevilla.

Undécima, martes 27 de septiembre. Hizo la fiesta nuestro síndico don José Eusebio Cottella, dijo la misa el padre maestro de novicios, y predicó el padre fray José de Puente la Reina, por el padre fray Antonio de Mairena, que cayó enfermo.

Duodécima, miércoles 28. Hizo la fiesta la Síndica de Ayamonte doña Feliciana Quintano y Ceballos, mujer de don Fernando Garrido, comisionado de Marina, que estaba en Sevilla siguiendo un pleito. Dijo la misa el padre fray Silvestre de Villanueva, y predicó el padre comisario fray Marcos de Sanlúcar de Gadiana.

Terciadécima, jueves 29. Hizo la fiesta el venerable orden tercero de este convento. Dijo la misa don Bartolomé de Córdoba, mayordomo del hospital del Cardenal, con otros dos hermanos sacerdotes de Epístola y Evangelio. Predicó el padre comisario fray Marcos de Sanlúcar. Dieron 32 pesos por el gasto de la cera y refectorio.

Cuartadécima, viernes 30. Hizo la fiesta nuestro hermano espiritual don Pedro de Mendoza, fabricante de sombreros y padre de un coro de vírgenes, cuatro religiosas y tres doncellas. Dijo la misa el padre maestro de novicios, y predicó el padre fray José de Puente la Reina por el padre fray Francisco de Caracas, que cayó enfermo.

Quintadécima, sábado 1 de octubre. Hizo la fiesta la reverenda comunidad de padres trinitarios descalzos, dijo la misa el reverendo padre ministro y predicó el reverendo padre fray Manuel de San Plácido, experto lector en teología y experto ministro de Zalamea y Antequera, de edad de más de setenta años, cumplió a satisfacción de todos, asistió la comunidad formada en el cuerpo de la iglesia, dieron una ternera, dos pellejos de vino y cera para el altar, se quedó a comer el predicador del altar y otros.

Sextadécima, domingo 2 de octubre. Este día, con motivo de estar la imagen de Nuestra Señora del Rosario en nuestra iglesia, hizo la fiesta su hermandad, en cumplimiento de la dotación de don Juan Gutiérrez, beneficiado que fue de la parroquia de San Gil. Dijo la misa el beneficiado don Zoilo, y predicó el padre don José de Zúñiga.

Septimadécima, lunes 3 de octubre. Hizo la fiesta nuestra comunidad capuchina, asistiendo formada en el cuerpo de la iglesia. Dijo la misa el reverendo padre guardián y predicó el padre fray José de Puente la Reina.

Octavadécima, martes 4 de octubre, día de nuestro padre San Francisco y último de las fiestas. Hizo la suya la reverenda comunidad de padres trinitarios calzados, uniendo la de nuestro padre San Francisco con la del beato Lorenzo, que de ambas vidas tejió su oración el predicador, el reverendo padre fray Rafael Gaviria, lector invitado, calificador del Santo Oficio y examinador sinodal. Dijo la misa el reverendo padre ministro, quien se quedó a comer con los asistentes al altar, el predicador y los ordinarios de todos los días. En el refectorio ocuparon los primeros asientos este día los canónigos, don Jerónimo del Rosal y don Juan Salcedo, presidiendo el reverendo padre ministro, como el descalzo presidió el día que comió con nuestra comunidad. Por la mañana se administró desayuno a las dos comunidades. Mandaron una ternera, seis arrobas de aceite y cera para el altar.

Este día, mientras comió la comunidad, se colocó a la Virgen del Rosario en sus andas por los hermanos don Manuel Correa, presbítero, don Blas Rodríguez y don José de Torres. Las camareras vistieron y aderezaron a la Señora, y después comieron en la sacristía. Y a la

tarde se restituyó procesionalmente a su iglesia de San Gil, con asistencia de las tres comunidades.

Procesión para llevar a Nuestra Señora del Rosario a su iglesia de San Gil

Para este efecto imprimió la Hermandad del Rosario esquelas en la que convidaban al reverendo padre guardián de este convento, don Pedro Pumarejo, don Domingo Agüera, don Blas Rodríguez, y don Agustín de la Peña. Se previno mucha cera con cirios y velas gruesas para la hermandad para repartir a los convidados y a las tres comunidades de trinitarios y capuchinos, clero de San Gil, Hermandad del Rosario y terceros de capuchinos, con los que se hizo una procesión lucida y numerosa. Las calles de la estación estaban limpias y colgadas sus balcones, puertas y ventanas, y mucho concurso de pueblo.

Como a las 4 de la tarde del día 4 de octubre llegó a este convento la comunidad de padres trinitarios descalzos con su patriarca San Félix de Valois, ricamente vestido y alhajado con joyas, diamantes y perlas bien colocadas en la diadema, grillos, corona, cetro, correa y otros sitios, trayendo los religiosos cirios y velas encendidas y música militar. Alhajó al santo doña Josefa Cabezón y Paulín, mujer de don José Francisco Saénz de Santa María. Después llegaron los padres trinitarios calzados con su patriarca San Juan de Mata, también ricamente vestido y alhajado, especialmente el bonete de doctor que traía en la cabeza cuajado de joyas y diamantes. Poco después llegó el clero de San Gil con cruz, ciriales, preste, diácono y subdiácono revestidos. Junta ya la gente del convite, a poco más de las 5 de la tarde, empezó a ordenarse la procesión para restituir a la sagrada imagen de la Virgen del Rosario a su iglesia de San Gil.

Camino la procesión desde este convento a entrar por la Puerta de Córdoba a San Julián, calle Beatos, a salir a la calle Real frente a San Luis, donde estaba formada la comunidad de San Diego con preste, cruz, ciriales y velas, continuó la calle Real adelante a salir por la Puerta de la Macarena, a dar la vuelta al campo, en la puerta del Hospital de la Sangre estaban con luces el administrador, los curas y oficiales, y la fachada iluminada. A la puerta se paró el paso de la Señora, mientras la música cantó una salve y ofició el preste por la salud del barrio y hospital, afligido con enfermedades de tercianas, continuó la procesión por la acera de las casas a volver a la Puerta de la Macarena para entrar en su iglesia de San Gil.

Iban delante abriendo camino soldados a caballo, seguían clarines, dando principio el estandarte de la Hermandad del Rosario, al que en dos filas seguían sus hermanos con velas gruesas, a estos el venerable orden tercero de este convento, con nuestro padre San Francisco y su estandarte, que vistieron y adornaron las religiosas de Santa Paula con muchos ramos de flores. Delante de nuestro santo patriarca iban doce coristas y novicios con doce cirios gruesos alumbrando, debajo del paso iban costaleros, como en los demás, y cuatro coristas lo llevaban. Detrás del paso iba el padre comisario con el ministro y viceministro a su lado. A quienes seguían las tres comunidades de trinitarios y capuchinos, interpolados sus religiosos, y en competente lugar iba el paso de San Félix de Valois, precedido de la música, doce cirios y seis soldados de guardia por razón de la riqueza que llevaba. Después venía el paso de San Juan de Mata, con música de voces y doce cirios. Después venía el Simpecado del Rosario, muchos caballeros convidados alumbrando la cruz de la parroquia, la clerecía y los tres prelados inmediatos al paso de la Virgen, la música de instrumentos y voces. A la Señora llevaban religiosos de las tres comunidades y lo mismo el palio que iba detrás. Cerraba la procesión tropa de

caballería. Llegó a entrar en San Gil a las ocho de la noche, inmediatamente cantó la música una salve a la Virgen y dichas las oraciones el preste, se retiraron las comunidades y el convite.

Empezaron a salir las comunidades para sus conventos procesionalmente llevando a sus patriarcas. Salió primero la de los trinitarios descalzos con San Félix de Valois, a quien acompañó cuatro sacerdotes capuchinos con cirios y algunos hermanos del Rosario con velas.

Las dos comunidades, capuchina y trinitaria calzada, y el orden tercero y algunos hermanos del Rosario, todos unidos procesionalmente con cirios y velas encendidas, llevando delante los clarines, nuestro padre San Francisco primero y detrás a San Juan de Mata, se vino por la misma estación hasta llegar a San Julián, de aquí a Santa Lucía, Puerta del Sol y pórtico de la Santísima Trinidad, donde quedó San Juan de Mata y su comunidad.

El resto volvió a entrar por la Puerta del Sol a Santa Lucía, San Julián, a salir a la Puerta de Córdoba, se entró en la capilla de los Terceros, donde cantó la comunidad el versículo y antifona a Nuestro Padre San Francisco y el reverendo padre guardián dijo la oración, se dejó allí el paso de nuestro santo patriarca y la comunidad entró en el convento y en el refectorio para cenar, ya cerca de las diez de la noche. Se repicaron las campanas a ida y vuelta de todas las iglesias por donde pasó y los vecinos pusieron luminarias y colgaduras.